

ECOS Y CAVERNAS

Alejandro Veintimilla

El psicópata



- ¡Ya no más! por favor.
- Repíte: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.
- Repítelo.
- ... Hoy estarás conmigo en el paraíso.

-¿Es difícil acordarse de una frase? Hoy, estarás conmigo en-el-paraíso.

-Hoy estarás conmigo en el paraíso - exhaló.

-Vamos a intentarlo otra vez. Recuerda, si sale bien serás libre y tendrás todo lo que pidas. Por ahora, ¿qué quieres comer? ¿Un masaje antes de comenzar?

-El mismo plato de ayer. Y sí, un masaje -masculló.

Apenas se podía mover, el dolor aún le punzaba el pulmón derecho. Las secuelas de los clavos y los latigazos empezaban a disiparse, acarició el torso de su mano. Cerró los ojos, todavía el rostro de Pilatos sonriendo ante la inclemencia de la muchedumbre.

-¡Psicópata! -gritó.

Las enfermeras y las masajistas entraron al cuarto, "Relájese", dijo una de ellas, "esta vez todo saldrá perfecto y se podrá ir". Luego, durante las siguientes ocho horas, lo bañaron, lo acariciaron e inyectaron líquidos relajantes. La cena fue con la misma mujer de la noche anterior, había pedido unos canelones que comió en silencio.

-¿Quieres algo más hoy?

-No, hoy no.

-Suerte -le deseó despidiéndose con un beso en la mejilla.

Entraron los dos hombres corpulentos y los médicos que se encargaban de conectarlo; pidió un momento para lavarse la cara y se acostó.

-¿Listo? -preguntó el hombre de la máscara desde la pantalla.

-¿Listo? -insistió.

-... sí.

Le colocaron el casco, los cables y los tubos.

Otra vez se encontró en la montaña, respiró profundo y empezó el descenso. Al llegar, los discípulos estaban dormidos y la guardia romana se acercaba desde la orilla del río, como había sido programado.

Esta vez recordó todo lo que debía hacer y decir, incluso al final, sumergido en dolor: "padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

¿Filmaron eso? ¡Excelente!

Los pájaros



Todos los que conoció tenían la mirada algo perdida, no hablaban mucho y se movían con suavidad. Asistían a pocas reuniones, de las normales. A veces, cuando estaban entre ellos ponían música extraña y contaban historias. Solían sentarse en el borde de las ventanas o en los balcones, con los pies desnudos colgando. En la noche, antes de dormir,

encendían la Realidad Virtual y activaban el “hack”.

Yo era un intruso para algunos, otros me veían con indiferencia. Tuve que insistir para que me dejaran dedicarles mi tesis. Al comienzo, entrevisté a un par sin conseguir más que una lista superficial de sus actividades diarias. Tenían lo necesario para ser clasificados como una “subcultura”, pero era muy difícil comprenderlos e iba a ser imposible escribir algo atractivo. Llevaban una vida hermética y callada.

Después de semanas de acercamiento lo único que logré fue que me invitaran a probarlo. Y mi ego (que se negaba a creer que un programa me pudiera transformar si solamente lo utilizaba una vez), y la clásica teoría que nos invita a los antropólogos a “vivirlo para entenderlo”, sedimentaron mi curiosidad. Acepté.

Me llevaron al departamento de uno de ellos, vivía en el piso trescientos setenta y siete de la Torre Lucía, al norte de la ciudad. Recuerdo que la puerta de su estudio tenía una pantalla con un dibujo peculiar: el hombre del Vitruvio acompañado de dos plumas largas que le hacían parecer un escudo, como los que

decoraban las banderas de los antiguos países.

Una vez adentro me colocaron un casco y me pidieron que realizara algunos movimientos; el aparato escaneó mi cerebro y envió la información a un computador. Luego, el hacker, un joven delgado, de lentes gruesos y cabello largo, me dio una palmada en el hombro y dijo “bienvenido”. “Son cinco monedas por el código que te vas a llevar, utilízalo como cualquier programa de Realidad Virtual”, añadió. La tarjeta que contenía el hack era negra y llevaba el símbolo de un ave azul, por si alguien alguna vez la encuentra.

Esa noche cerré la puerta del departamento, desconecté el teléfono, el mail y todas las alarmas y me acosté en la cápsula de Realidad Virtual. Durante los quince minutos que se demoró en cargar el programa recordé el secretismo que rodeaba a esa tarjeta. “... Bienvenido”, había dicho el joven de lentes, como si fuera una secta, el asistente de la puerta de un tren, o un barquero. Noventa por ciento. Me sudaban las manos, mi pecho retumbaba, pronto iniciaría la abstracción.

Al comienzo sentí que flotaba. Todo era oscuro. Luego empecé a caer suavemente, como una pluma, no sentía mi cuerpo y sin embargo sabía que estaba cayendo. Pasaron dos o tres minutos hasta que el abajo y el arriba se difuminaron, caía pero a la vez me elevaba, y después ni caía ni me elevaba. Mi mente se extendía por el lugar y la oscuridad me perturbaba, el espacio mismo presionaba por todos lados. Pensé que era un error del programa y abrí los ojos.

Volaba. Mis brazos no eran brazos. Tenía alas.

Mis piernas eran cortas y terminaban en tres garras afiladas, mi rostro era puntiagudo. Veía todo con increíble precisión y los trescientos metros que me separaban del suelo no me causaban temor sino serenidad. Un bosque ligeramente oculto tras la niebla trepaba por las laderas rocosas de una montaña salpicada de nieve. Jamás me había conectado a un programa de tanto detalle y calidad.

Supe escuchar y entender el viento que venía desde abajo bordeando la ladera, me invitaba a subir aún más. Al tercer intento

logré encauzarme en una ráfaga y penetrar las nubes, el sol me calentó el plumaje.

Volé y volé, crucé la cordillera, bajé al bosque, subí otra vez, seguí un río hasta el mar y luego continué con el azul enrojado del atardecer que como un telón que caía a mis espaldas.

Fueron diez horas. Cuando finalmente salí del programa, el cuerpo humano me pareció tosco y pesado. Caminé en puntillas hasta mi cuarto en busca del celular, quería hablar con los otros y hacerles preguntas. No pude, antes de llegar al velador del otro lado del cuarto crucé frente a la ventana y la abrí en un impulso. Estuve sentado en el borde con los pies desnudos colgando, respirando profundo y recordando el viento enredarse entre mis plumas, sí, mis plumas.

Ahora han pasado seis meses desde el primer vuelo y la urgencia por escribirlo me llegó a tiempo, no creo que aguante mucho más. Lancé la tarjeta con el “hack” la última vez que subí al balcón, no he hablado con nadie en semanas y todo el

día camino desnudo de una esquina a la otra de mi departamento. Quité los vidrios de las ventanas para que puedan entrar la brisa, la lluvia y las nubes.

Solo pienso en volar, aunque ya no me satisface como antes. No podré conseguir una tarjeta nueva porque los otros están muertos: saltaron de los balcones. Salió en las noticias. Y seguro están mejor, libres, lejos de este encierro esclavizante y de esta torpe pesadez.